

11
27



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

REVERENDO PADRE,

SEÑORAS, SEÑORITAS, SEÑORES:

IGNORO por qué exceso de benevolencia me hallo ocupando esta tribuna, en la culta ciudad que á su hermosura no discutida, reúne los recuerdos históricos más trascendentales.

La conocí acribillada verdaderamente por el plomo que arrojaban sobre ella dos ejércitos, que jugaban el todo por el todo, y que en el ardor de la lucha dejaban el cuerpo de esta bellísima sultana cubierto de cicatrices.

Hoy ha restañado sus heridas, y vistiendo sus mejores galas sabe recibir á sus huéspedes con una esplendidez que raya en prodigalidad. Diríase que habíamos vuelto á la época de los borgoñones.

Sí, esta ciudad tiene razones para mostrarse orgullosa, entre todas las que pueblan el territorio mejica-

FERNAN

no. Su incomparable belleza ha sido la admiración de propios y extraños, y los matices irisados de los ópalo que forman parte de su riqueza, sólo pueden asemejarse á los cambiantes de sus crepúsculos en los risueños días de primavera, ó en la exuberante estación de otoño.

Reina que se adormece al soplo de las brisas en un fecundo valle, bajo el dosel de un cielo azul, á veces pálido, á veces oscuro, ciñe indolente su cintura con las esmeraldas de las frondas que forman su «cañada»; y son sus arroyuelos hileras de diamantes, y sus rosas espléndidos rubíes y con esos tres colores envuelta parece mostrar al mundo con noble altivez, el glorioso pabellón de la patria.

Aquí pudo contemplar D. Fernando de Tapia, el otomí valeroso, como Constantino el Grande en los albores del cristianismo, la cruz fulgurante en el cielo, que pareció decirle como al hijo dichosísimo de Santa Elena: «In hoc signo vinces.» Y esa cruz que contemplaron los gentiles á la par que los cristianos, que se levantó sobre la cabeza del Apóstol Santiago cuya silueta percibieron también, se vió luego reproducida en la cruz de piedra que se erigió sobre la histórica colina que todos conocemos. Allí se celebró el Santo Sacrificio por los piadosos frailes de la orden seráfica; allí se levantó una pobre ermita; allí se erigió luego un convento; y por último, allí se fundó un Colegio de Propaganda Fide, que envió abnegados misioneros á las regiones más apartadas, teniendo la gloria de contar entre sus hijos más ilustres á Fr. Antonio Margil de Jesús, á Fr. Antonio Linaz y á Fr. Juan Caballero y Ocio, de quien dice un cronista verídico que «dió mientras estuvo vivo tanta gruesa de limosnas, que nunca las pudo comparar el guarismo y dejó cuanto tenía

de haciendas y caudal, vinculado para sustento de los pobres.»

Querétaro pudo admirar la generosidad del Marqués de la Villa del Villar del Aguila que, como dice el citado cronista, introdujo por arcos triunfales el agua deseada á la ciudad que tenía sed.

He visto, señores, arcos majestuosos como el de Septimio Severo, en Roma, y no han causado en mí tanta admiración, como esa notable arquería que mostráis con orgullo al viajero. Aquellos arcos se erigían para conmemorar triunfos de sangre: éstos se levantaron para llevar á un pueblo un elemento indispensable de vida.

Y ya que de benefactores hago memoria, ¿cómo no recordar á la insigne y caritativa dama Doña Josefa Vergara que legó cuantiosos bienes á la beneficencia pública? No ha mucho que se le rendía un homenaje piadoso celebrando honras fúnebres por el descanso de su alma.

Peró, señores, he comenzado divagando, y no hay en mi pobre discurso ilación ni concierto; sedújome la opulenta ciudad y en tropel acudieron á mi mente los recuerdos de su glorioso pasado.

No vine aquí para contaros lo que todos sabéis, vine á felicitar en un día para él, y sin duda también para vosotros, memorable, á un virtuoso discípulo de Cristo, alma y vida del Instituto en que nos encontramos.

Mas antes de cumplir ese para mí gratísimo deber, permitidme decir algunas palabras que pueden relacionarse con la misión que se me ha confiado.

Un poeta y literato notabilísimo que tuvo gran talento y que pudo haber hecho mucho bien, dijo en cierta ocasión, hallándose en un establecimiento de en-

señanza, que aquél era un templo y que todos debían arrodillarse. Ese ingenio; no obstante, referiase á la escuela laica, á la que no puede inculcar sentimientos de moralidad, porque sin Dios es imposible la moral, y en vez de rendir culto al único Sér Supremo, imitando á los paganos, doblaba ante la ciencia la rodilla, proclamándola como diosa. No hacía más que seguir el ejemplo de la desenfrenada demagogia que, al profanar los altares de Nuestra Señora de París, ensalzaba á la diosa Razón, simbolizada por una cortesana.

Decía el mismo poeta, si no me engaño, que «por cada escuela que se abre se cierra una cárcel.»

La estadística severa, y fría como la nevada cima de nuestros volcanes, ha venido á demostrar que ni la escuela es un templo, ni la criminalidad ha disminuído con la propagación de la enseñanza.

Y el fenómeno á nadie puede sorprender, puesto que se trata de la escuela laica, es decir, de la escuela sin Dios, engendrada por la soberbia que arrojó á Satán del cielo, y hunde diariamente á muchos desdichados que lo imitan, en los más profundos abismos.

Mas las palabras del poeta, de Victor Hugo, digámoslo de una vez, si son una mentira tratándose de la escuela laica, son una verdad palmaria si se aplican á la escuela católica, porque en ésta no se forman inteligencias tan sólo para triunfar en la lucha por la vida material, sino que se las fortalece también para la victoria de la vida inmortal, que únicamente se obtiene por los méritos de Cristo, á quien acaba de proclamar el gran Pontífice León XIII, Rey de los siglos.

Veamos algo de los frutos de la enseñanza cristiana recordando hoy al ilustre santo á quien la Iglesia venera en este día, á San Ignacio de Loyola. Después

de colgar su espada de soldado ante la veneranda imagen de la Virgen de Montserrat, de hacer penitencia en la cueva de Manresa, y de llevar á cabo prodigios de piedad y abnegación, fundó para la mayor gloria de Dios la Compañía de Jesús.

Tuve la dicha de contemplar en Roma su efigie con los ornamentos sacerdotales; su lecho mortuorio y el crucifijo que tuvo en sus manos antes de espirar; el oratorio en que firmó las admirables Constituciones de la Compañía fundada por él, en fin, todos los lugares que recorría, impulsando su obra grandiosa que, mientras más perseguida por el mundo, más victoriosa se levanta llevando el bien por todos los ámbitos de la tierra.

Veo aún con la imaginación la reja de la ventana, desde la cual, mirando un jirón de firmamento, solía decir á menudo: «Heu quam sordet terra cum coelum auspicio! ¡Cuan miserables me parecen las cosas de la tierra cuando miro al cielo!»

No consideraré aquí á la Compañía de Jesús en las múltiples fases que la han hecho benemérita de la humanidad; voy á referirme sólo á su misión de enseñar al que no sabe; obra de misericordia en la cual no la ha superado ninguna otra institución.

Recorred las páginas de la historia, y sin hacer mención de los santos que ha producido, podréis señalar notabilidades en todos los ramos del saber humano, formados por esa admirable Compañía, lo mismo cerca de las nieves del Septentrión, que en las cálidas regiones del Mediodía.

Verdaderamente fatigaría vuestra atención si me propusiera repetiros los nombres de aquellos ilustres varones hijos de San Ignacio, que han sobresalido en la Religión, las ciencias y las artes. Limitome, pues, á

hacer notar un hecho que habla muy alto en pro de la enseñanza cristiana. Júzganse los positivistas inventores del método científico, tan pregonado en nuestros días, y yo pregunto, señores, ¿quiénes, si no los jesuitas, han sido los primeros en observar las aptitudes de cada individuo, para darle la instrucción que más le conviene?

No pueden, por lo tanto, los discípulos de Augusto Comte vanagloriarse de haber inventado el método. En cambio sí han destruído la moral en las escuelas, porque la apoyan en meras abstracciones que nada significan.

Quitad el castigo de la culpa y el premio de la virtud, y habréis volado el edificio de la moral, con más dolo quizá que el del anarquista cuando vuela los palacios de las grandes ciudades, con dinamita.

De ahí el triunfo de la enseñanza cristiana sobre la enseñanza laica: ésta se cuida únicamente de la materia y descuida el alma; aquélla se ocupa en lo físico y lo espiritual logrando con un tacto admirable que la religión y la ciencia se unan en estrecho abrazo.

Mas no sólo la Compañía de Jesús trabaja por la enseñanza: propagadores infatigables de ella son también los fervorosos salesianos, que envían desde la casa del eminente Don Bosco viva aún en Turín, misioneros á todo el mundo; las hermanas del Sagrado Corazón de Jesús, y para no citar más, hasta los humildes curas de nuestros pueblos que, con afanes y sacrificios, sostienen escuelas parroquiales.

¿Y para qué ir tan lejos? Hoy nos hallamos reunidos en uno de esos templos del saber, en que se inculca la religión á los niños para que aspiren á su fin último: á vivir eternamente en el seno de Dios; y se les imparte una instrucción científica para que puedan

luchar con las exigencias de la vida, en el breve tránsito por la tierra.

¿A quién se debe esta fecunda institución? Allí lo veis, respetado por el cuerpo de inteligentes profesores que lo ayudan en sus rudas tareas; idolatrado por sus hijos, á quienes tanto ama el Divino Redentor, que lo acarician con todo el afecto de sus inocentes corazones; bendecido por los padres y madres de familia, que le confían á ciegas, porque saben que es bueno, á los seres más amados de su alma, y por último, admirado de toda la sociedad querehana que se honra con la posesión del ferviente sacerdote, del predicador infatigable y del asiduo preceptor.

¡Y ved que coincidencia! Providencialmente lleva el digno sacerdote á quién venimos á saludar, rogando á Dios que conserve su preciosa existencia, el mismo nombre y el mismo apellido que el solitario de Manresa.

No trato de ofender su natural modestia, comparándole con varón tan preclaro, no, sólo deseo, al dirigirle mis felicitaciones en este día á nombre de sus entendidos colaboradores, de sus amantes discípulos, y al mío propio, que siga siempre las huellas de aquel santo cuyo venerable nombre recibió en el bautismo.

Distinguidos profesores, niños y jóvenes cariñosos, escogida sociedad aquí reunida, vosotros los que me escucháis con una bondad que no merezco, amad al ministro del altar á quien hoy saludamos con júbilo y prestadle vuestra cooperación en sus nobles tareas.

La gratitud es una de las más grandes virtudes; estadle agradecidos por el bien que os proporciona, y pues tanto se empeña en formar para la Iglesia sinceros creyentes, y para el suelo nativo buenos ciudadanos, con las rosas de vuestros lindos verjeles, salpica-

das aún con las gotas del rocío de la mañana, formad una corona y ceñidla á su frente; que lo verde de las hojas, lo blanco de las perlas del rocío, y lo rojo de los pétalos de las flores significarán que sus conterráneos premian su benemérita labor, colocando en sus sienes el emblema de la patria.

Querétaro, Julio 31 de 1902.

ALBERTO G. BIANCHI.



¡VENCERÁS!

¡Sacerdotes, bajad! la catacumba
De nuevo abrióse ya. Oid la cántiga
Del medroso orfeón que en las tinieblas
Su plegaria de mártires levanta.
Silenciosos bajad; y reverentes
Besad la tierra que las manchas guarda
De sangre, há quince siglos por los héroes
Del amor y la angustia, derramada.
¡Oh sagrada mansión! cuando desierta
El grande Constantino te dejara,
Y miraste salir, cual torbellino
De estrellas, los esclavos que asilabas,
Y estalló en tu recinto misterioso
El hossana postrer húmedo en lágrimas,
Y viste, sollozando por los justos,
Errante en tus galeras la nostalgia;
Cuando viste á los reyes peregrinos,
De hinojos recorriendo tus estancias,
Y los terrones de tus negros muros,
En que hallaron las manos estampadas
De los sublimes que sangró el cilicio,
Cubrir de besos y empapar de lágrimas.
Y supiste después, que en sus alforjas,
De perlas y diamantes recamadas,

¡Oh dichosa niñez de catacumba!
¡Oh, semilla cristiana!
Aurora que se enciende en las hogueras,
Oriente que se inflama
Con el incendio aterrador de Roma,
Mientras alegre canta
El déspota incendiario en la colina;
Onda que hoy apacible en lontananza,
Cruzaré prepotente el océano,
Azotará las ateridas playas,
Y aplastará bramando los abismos
Convertido en granítico Himalaya,
Cuando la avienten los inmensos brazos
Del ártico ciclón de las borrascas!
Alégrate hoy, entona tus cantares
Hoy que celebras con dichosas ansias
Al mentor abnegado y cariñoso
Y sabio y diligente que su alma,
Toda su alma, convertida en luces,
Dolor y sacrificio, en tí derrama.
El, como atleta que en el templo augusto
De tu adorada fe las puertas guarda,
Lucha allí con la fiera de su siglo
Que intenta derribarlas:
El lucha con los monstruos que olfatean
Tu corazón, y por do vagas, vagan,
Y tu hogar por las noches merodean
Apagando los ruidos de sus garras
Con fingidos susurros de jardines
Y cánticos fingidos de calandrias.
El te defiende con amor de padre,
El de sus mismas fauces te arrebató,
El tu caudillo, tu adalid, tu apóstol,
Que sin poner al sacrificio tasa
Ni condiciones al dolor, la frente
Presenta á la borrasca;
Y en aras de tu fe, de tus destinos,
De tu ventura y de tu amor en aras,
Cuanto hay de noble en su animoso pecho,
Y juventud y hacienda te consagra.

¡Oh niñez! ¡Oh mentores que al caudillo
En la empresa magnánima acompañan!
No es esta la apoteosis, no es ahora
Cuando elevando la triunfante cántiga,
Podéis decir al mundo: «he aquí las flores,
Tan bien crecidas cuanto bien sembradas.»
No: ¡mañana será cuando ellas broten!
No, ¡la apoteosis brillará mañana!
¡Sí, niñez, que en el medio putrefacto
Del ateísmo vil, oculta te hallas,
Como el calor latente dentro el hielo,
Cual la flama de hidrógeno en la charca;
¡Tú vencerás! en tí depositamos
Los que el sepulcro á su descanso llama,
En tí depositamos la bandera
De la gloriosa y perennal batalla.
Comprende tu poder, mide tu aliento:
La virtud es tu espada.
Escucha: cuando herida por el vicio
Que lleva en sus enrañas,
Origen y destino de la ciencia
Que la virtud del corazón arranca,
Y en su carne y sus nervios ya podrida
La turba atea en sus edenes yazga,
Tú entonces surgirás del antro obscuro
Agil y fuerte, vigorosa y sana;
Horda bretona, indómita y membruda
Que estrangule á la estirpe afeminada;
Horda ismaelita que, rugiendo, arrase
La hedionda Babilonia del mañana;
Horda salvaje, de cabellos lacios,
Cobriza piel y atléticas espaldas,
Horda de-Ciro que feroz apague
La crápula nefanda,
Entrando á saco en el festín, rompiendo,
Por no manchar sus armas.
De Baltasar la frente envilecida
Con el cáliz de inmunda cortesana,
Surgirás, como surge cuando brota
De las alturas nítidas y baja

Destrozando, arrollando, abriendo abismos,
Cual brota de los cráteres la lava,
Cual brota de los pueblos la justicia,
Y brota de la historia la venganza,
Y cual brota de Dios, que es todo cima,
La santa libertad, que es toda águila.
Así surgirás tú, grey oprimida,
Y vencerás, cual vence cuanto estalla,
Cuanto transforma su opresión en fuerza,
Espíritu ó calor, justicia ó rabia;
Vencerás, como vence cuanto sufre,
Cuanto almacena lágrimas,
Cuanto en cúspides nace, y despeñado
Buscando siempre su nivel avanza,
Como en el seno del peñón profundo
Las cristalinas aguas,
Que rompiendo su cárcel de granito
Hasta la cumbre formidable saltan.
Vencerás en tus grillos, tus afrentas;
Cristo venció en la cruz; sus manos santas,
Al extenderse en el suplicio horrendo,
Un imperio sin lindes conquistaban.

* * *

Entre tanto, ¡oh mentor! recibe ahora,
Modesto el premio de tus nobles ansias;
Es la reliquia del amor del niño
Que ostentarás como blasón mañana.
Es su amor el presente que te envía
El buen Jesús, la clavellina blanca
De Nazareth, un ramo de la encina
Que le sirvió de trono en la montaña.

Trinidad Sanchez Santos.

S,

ares

XIII.

QUERÉTARO.

TIPOGRAFÍA DE MIGUEL M. LÁMBARRI.

Calle del Biombo núms. 11 y 12.

1903.

Sr. Sr. Ing. D. Narcarias Gómez

FE